

Rosario de Acuña

## 3/10. ÉI

### Poema original:

Envuelta en triste niebla la mirada  
De sus ojos, muy negros, muy rasgados,  
Brillante sólo al soplo pasajero  
De alguna vanidad, de la memoria  
De una riqueza material, del goce  
Soñado de un placer alegre ó fácil,  
Y brillantes, también, cuando simulan  
Los afectos, y al hacer alardes  
De inusitado amor hacia sí mismo;  
De veinte años apenas, tez ajada  
Por el sol y el insomnio de la dicha,  
Labios de matiz rojo, bien plegados,  
Brindando amor y haciendo al pensamiento  
Su cómplice en perjurios y en embustes;  
Frente llena de luz, alta y hermosa  
De negra cabellera rodeada;  
Armónica la voz, que en ricos tonos  
Pronuncia siempre frases escogidas,  
Llenas de colorido y de viveza,  
Pero siempre ligeras y vertiendo  
Un tinte burlador, liviano, impío,  
Que en vez de hacerlas suaves, melodiosas,  
Las trasforma en un áspero conjunto  
De informes y confusas vibraciones;  
Alto, pero inclinado hacia la tierra,  
Cual si temiera levantar su frente  
Por encima de míseros mortales;  
Entre falsas virtudes, educado  
En los altares del becerro de oro,  
Tal es Fernando; siempre vacilante,  
En el profundo abismo de las sombras,  
Allí habrá de morir sin que su fuego  
Vierta luz ni calor, sin que se vean  
Las grandezas que guarda en sus repliegues,  
En vez de iluminar, con sus fulgores,  
El ancho espacio de la humana vida  
Y perecer en fúlgido destello.

Habr  de ser reflejo blanquecino,  
Tenu  llama fugaz, que, lentamente  
Sin rastro, ni color, se irá borrando  
Del horizonte eterno de las almas,  
Sin que   su muerte se oscurezca el cielo,  
Sin dejar un recuerdo de tristeza,  
Que, en tal vacío y entre tanto hielo,  
Se olvida, aun cuando exista, la belleza.